

Janice Y.K. Lee

LA MAESTRA DE PIANO

Traducción del inglés de
Gema Moral Bartolomé



Título original: *The Piano Teacher*

Ilustración de la cubierta: Time & Life Pictures / Getty Images

Copyright © Janice Y. K. Lee, 2009

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2009

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-241-9

Depósito legal: B-33.817-2010

1ª edición, septiembre de 2009

4ª edición, septiembre de 2010

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

para mis padres

PRIMERA PARTE

Mayo de 1952

Todo empezó como un accidente. El conejito de porcelana Herend cayó dentro del bolso de Claire. Estaba sobre el piano y, cuando recogía la partitura al final de la clase, lo tiró sin querer. Desde el tapete (¡un tapete sobre el Steinway!) se le coló en el amplio bolso de piel. Después, lo sucedido resultó desconcertante incluso para ella. En aquel momento, Locket miraba el teclado y no se dio cuenta. Y luego Claire simplemente... se fue. No tuvo conciencia de lo ocurrido hasta encontrarse abajo, en la calle, esperando el autobús, cuando ya era demasiado tarde. Entonces se había ido a casa y había ocultado la valiosa figurita de porcelana bajo sus jerséis.

Claire y su marido llevaban nueve meses viviendo en Hong Kong, debido a que el gobierno había trasladado a Martin al Departamento del Servicio de Aguas. Churchill había puesto fin al racionamiento y las cosas empezaban a volver a la normalidad, cuando habían recibido la noticia del traslado. Ella nunca había soñado abandonar Inglaterra.

Martin era ingeniero y debía supervisar la construcción del depósito de Tai Lam Cheung, a fin de que no fuera necesario racionar el agua cuando escasearan las lluvias, como ocurría cada tantos

años. El depósito iba a tener una capacidad total de 2.500 millones de litros. A Claire le resultaba casi imposible imaginar una cantidad semejante, pero Martin aseguraba que apenas bastaba para la población de Hong Kong y que no le cabía duda de que, cuando acabaran, tendrían que pensar ya en construir otro. «Más trabajo para mí», decía alegremente. Estaba analizando la topografía de las colinas a fin de instalar sumideros para la época de las lluvias. El gobierno inglés se preocupaba mucho por sus colonias; Claire lo sabía. Mejoraba la vida de los nativos, aunque éstos no sabían apreciarlo. Su madre le había advertido contra los chinos antes de irse: una gente maquinadora y sin escrúpulos que trataría de aprovecharse de su inocencia y buena voluntad.

Al llegar, durante unos días notó la humedad creciente en el aire, mayor incluso de la habitual. Las brisas marinas eran más fuertes, y el sol, más potente cuando traspasaba las nubes. Cuando el *P&O Canton* arribó por fin al puerto de Hong Kong en agosto, sintió realmente que estaba en los trópicos, pues el cabello se le rizaba, el rostro siempre lo tenía un tanto húmedo y untuoso, y las axilas y corvas constantemente mojadas. Al salir de su camarote, el calor la embistió como un golpe físico, hasta que logró encontrar una sombra y abanicarse.

Habían hecho varias escalas durante el viaje, que duraba más de un mes, pero tras pasar unas horas deprimentes en Argel y Port Said, Claire había decidido quedarse a bordo en lugar de enfrentarse con más costumbres y nativos amenazadores. Jamás imaginó que vería tales cosas. En Argel vio a un hombre besar a un burro, sin que fuera posible distinguir de cuál de los dos procedía el hedor. Y en Egipto, los mercados eran la antítesis misma de la higiene; un vendedor que destripaba un pescado, limpió luego el cuchillo con la lengua. Cuando Claire inquirió si las provisiones del barco se compraban en tales puestos durante las escalas, la respuesta fue muy poco satisfactoria. Tras la muerte de uno de sus tíos por intoxicación en la India, se había vuelto muy recelosa. Así que, durante la travesía, se mostró muy reservada y se alimentó sobre todo del cal-

do de buey que servían a última hora de la mañana en la cubierta superior. Los menús diarios eran de lo más rutinario: nabos, patatas, víveres que podían almacenarse en la bodega, con carne y ensaladas los primeros días tras abandonar un puerto. Martin se paseaba por cubierta cada mañana para hacer ejercicio, y trataba en vano de convencerla para se uniera a él. Claire prefería sentarse en una tumbona con una amplia pámela y envolverse en una de las ásperas mantas de lana con el rostro a cubierto del sol omnipresente.

En el barco se produjo un escándalo. Una mujer que debía reunirse con su prometido en Hong Kong, había pasado demasiadas noches bajo la luna con otro caballero, y con su nuevo amante había desembarcado en Filipinas, dejando tan sólo una carta para el otro. Liesel, la amiga a quien la mujer había confiado la misiva, se mostraba visiblemente más nerviosa a medida que se acercaban a su destino. Los hombres bromeaban comentando que podía ocupar el sitio de Sarah, pero ella no quería oír hablar del asunto. Liesel era una joven formal que iba a reunirse con su hermana y su cuñado en Hong Kong, donde pensaba enseñar Arte a Desventuradas Jóvenes Chinas: cuando Liesel pontificaba sobre el tema, Claire se lo imaginaba siempre con letras mayúsculas.

Antes de desembarcar, separó los vestidos y las faldas de algodón más finos del resto de la ropa, pues era evidente que no podría ponerse otra cosa durante una temporada. En el puerto los había recibido una gran fiesta, banderines de papel y vendedores ambulantes que ofrecían zumos de fruta fresca, leche de soja y chabacanos arreglos florales a la gente que esperaba en los muelles. Grupos de juerguistas habían descorchado ya el champán y brindaban por la llegada de amigos y familiares.

«Abrimos las botellas en cuanto divisamos el barco en el horizonte —explicó un hombre a su novia al ayudarla a desembarcar—. Es una gran fiesta. Llevamos horas aguardando.» Claire vio a Liesel bajando muy nerviosa por la pasarela, y perderse luego entre la multitud. Claire y Martin fueron los siguientes en descender, y pisaron la blanda madera húmeda seguidos de dos muchachos

chinos escasamente vestidos que, surgidos de la nada, se ocupaban de llevarles el equipaje.

Un viejo compañero de estudios de Martin, John, que trabajaba en Dodwell, una de las compañías comerciales, había prometido ir a recibirlos. Los esperaba con dos amigos más, que tendieron a los recién llegados sendos refrescos de guayaba recién exprimida. Claire fingió sorber el suyo, pues su madre le había advertido que el cólera era corriente por aquellos lares. Los hombres eran solteros y muy agradables. John, Nigel y Leslie les explicaron que vivían juntos en una residencia. Había muchas, cada una con el nombre de la empresa a la que pertenecía: Residencia Dodwell, Residencia Jardine, etcétera. Aseguraron a Claire y Martin que en la de Dodwell era donde se organizaban las mejores fiestas.

Luego los acompañaron hasta el hotel autorizado por el gobierno de Tsim Sha Tsui, donde un chino con una larga coleta, una sucia túnica blanca y uñas escandalosamente largas les había mostrado su habitación. Después de citarse para comer al día siguiente, los tres hombres se marcharon, dejando a Martin y Claire sentados en la cama, mirándose exhaustos. No se conocían demasiado bien. Apenas llevaban cuatro meses casados.

Ella había aceptado la propuesta de matrimonio para escapar de su lúgubre casa, de su amargada madre, que despotricaba contra todo y que parecía empeorar a medida que envejecía, y de un trabajo anodino como administrativa en una compañía de seguros. Martin era cuarentón y jamás había tenido suerte con las mujeres. La primera vez que él la besó, Claire tuvo que contener el impulso de limpiarse la boca. Era como una vaca, lento y seguro. Y bueno. Ella lo sabía, y lo agradecía.

No había tenido muchas oportunidades de conocer hombres. Sus padres nunca salían de casa, así que ella tampoco. Al empezar a frecuentar a Martin —el hermano mayor de una de sus compañeras de trabajo—, había cenado en restaurantes, bebido un cóctel en el bar de un hotel y visto a otras mujeres y hombres jóvenes charlando y riendo con una confianza que ella no podía imaginar. Opinaban sobre política, habían leído libros de los que Claire ja-

más había oído hablar y visto películas extranjeras que comentaban con gran seguridad. Se sintió cautivada y no poco intimidada. Y luego Martin le habló en serio, le explicó que su trabajo lo llevaba a Oriente y le pidió que lo acompañara. No le atraía mucho, pero quién era ella para mostrarse exigente, pensó, escuchando la voz de su madre. Dejó que la besara y asintió.

Claire estaba preparando el baño en la habitación del hotel cuando llamaron a la puerta y entró una mujer china menuda, una *amah*, como la llamaban, una especie de aya, que se puso a desahacer sus maletas hasta que Martin la echó.

Y así fue su llegada a Hong Kong, ciudad muy distinta de la que Claire había imaginado. Aparte de los habituales edificios coloniales encalados de blanco —donde reinaba el silencio y abundaban las palmeras en tiestos y los revestimientos de madera relucientes—, se trataba de un lugar atestado, ruidoso y sucio. Las casas estaban pegadas unas a otras: a menudo había postes de bambú en el exterior con ropa tendida y chabacanos letreros verticales que anunciaban salones de masaje, pubs y peluquerías. Alguien le había comentado que aún existían fumaderos de opio en oscuros callejones. Solía haber basura desperdigada por la calle, incluso excrementos humanos, y un hedor penetrante lo impregnaba todo y se pegaba a la piel, y no desaparecía hasta que uno llegaba a casa y se daba un buen baño. Había gente de todo tipo. Las mujeres nativas llevaban sus bebés a la espalda en algo similar a una bolsa. Los guardias de seguridad uniformados eran sijs, que dormitaban en taburetes de madera a la puerta de cada banco, envuelta la cabeza en su turbante y caída sobre el pecho, mientras el fusil quedaba sujeto a duras penas entre las rodillas. A los indios los habían llevado allí los británicos, claro está. Los paquistaníes poseían las tiendas de alfombras, los portugueses eran médicos y los judíos regentaban vaquerías y otros negocios importantes. Había hombres de negocios ingleses y banqueros de Estados Unidos, aristócratas rusos y empresarios peruanos; todas personas refinadas que habían viajado mucho. Y por supuesto estaban los chinos, muy diferen-

tes en Hong Kong de los que vivían en China, según contaron a Claire.

Para su sorpresa, Hong Kong no le desagradó, en contra de lo pronosticado por su madre. Las calles eran bulliciosas y distraídas, muy diferentes de las de Croydon, y estaban llenas de gente, tiendas y mercancías para ella desconocidas. Le gustaba probar los productos locales de las panaderías, los bollos de piña y las tartas de huevo, y en ocasiones se alejaba del centro de la ciudad, para enseguida encontrarse en un entorno desconocido donde podía ser fácilmente la única persona no china. Los puestos de fruta estaban atestados, pero no sólo de naranjas y plátanos, que seguían constituyendo un lujo en la Inglaterra de la posguerra, sino también de extrañas frutas espinosas que acabaron por gustarle: carambolas, durianes, lichis. Por valor de un dólar compraba fruta, que le entregaban en una pequeña bolsa de papel marrón encerado e iba comiéndose lentamente mientras paseaba. Había pequeñas paradas montadas con cuatro tablas claveteadas y chapa de zinc, cada una dedicada a una especialidad: en una se vendían los sellos de goma que los chinos usaban en lugar de la firma; en otra sólo se hacían llaves; en alguna había una silla que alquilaban durante media jornada un dentista y un barbero ambulantes. Los nativos comían en la calle, en restaurantes diminutos llamados *daipai-dong*, y en una ocasión Claire había visto a tres obreros con camisetas y pantalones sucios, acuclillados alrededor de un plato con un pescado, escupiendo las espinas a sus pies. Uno de ellos, al sorprenderla observándolos, usó los palillos para coger un ojo del pescado con gran parsimonia y mostrárselo sonriente antes de comérselo.

No había conocido a muchos chinos en Inglaterra, y los que había visto eran camareros o planchadores. También había muchos de éstos en Hong Kong, claro está, pero fueron los chinos ricos los que la asombraron: parecían ingleses en todo menos en el color de la piel. Había quedado hondamente impresionada al constatar que un chino bajaba de un Rolls-Royce un día que estaba esperando en la escalinata del Gloucester Hotel, o que chinos trajeados comían con ingleses que los trataban como a iguales. Ignoraba

que existiera otro mundo, pero entonces conoció a Locket, y se vio inmersa en él.

Al cabo de unos meses de su llegada, después de encontrar un apartamento e instalarse, Claire había hecho correr la voz de que quería trabajar dando clases de piano, como entretenimiento, para ocupar las horas del día, pero lo cierto era que el dinero les hacía mucha falta. Tocaba el piano desde siempre, aunque había aprendido sobre todo de manera autodidacta. Amelia, una conocida del círculo de costura, le aseguró que preguntaría.

Al cabo de unos días la llamó por teléfono.

—Hay una familia china interesada, los Chen. Son dueños de media ciudad. Al parecer buscan una profesora de piano para su hija, y prefieren que sea inglesa. ¿Qué te parece?

—¿Una familia china? No había contemplado esa posibilidad. ¿No hay ninguna familia inglesa interesada?

—No. Al menos que yo sepa.

—Pues la verdad, no sé... ¿No sería un poco extraño? —No se imaginaba enseñando a una niña china—. ¿Habla inglés?

—Seguramente mejor que tú y yo —replicó Amelia, impacientándose—. Ofrecen un salario más que adecuado —añadió, y mencionó una suma considerable.

—Bueno —repuso Claire, vacilante—. Supongo que no pasará nada por conocerlos.

Victor y Melody Chen vivían en Mid-Levels, en una enorme casa blanca de dos pisos en May Road. Se accedía por un camino asfaltado flanqueado por grandes macetas. En el interior reinaba el tranquilo y eficiente zumbido de un regimiento de criados. Claire había acudido en autobús y después de recorrer el camino a pie llegó sudada. La *amah* la condujo a una salita, donde un ventilador refrescaba el aire deliciosamente. Un criado ajustó las cortinas para protegerla como correspondía del sol. La falda azul de lino de Claire, que el sastre acababa de confeccionarle, estaba

arrugada, y en la blusa de gasa blanca se veían marcas de sudor. Claire esperaba que los Chen le concedieran un momento para arreglarse. Se movió y notó que una gota de sudor le bajaba por el muslo.

Pero no hubo suerte. La señora Chen entró inopinadamente por la puerta como una fría aparición rosa, con una bandeja con refrescos. Era una mujer menuda y exquisita, con el pelo cortado de tal forma que colgaba en precisos movimientos geométricos. Tenía unos hombros delicados que el vestido suelto y sin mangas dejaba al descubierto, y su rostro era un óvalo diminuto.

—¡Hola! —saludó con voz cantarina—. Encantada de conocerla. Soy Melody. Locket vendrá ahora mismo.

—¿Locket? —repitió Claire, vacilante.

—Mi hija. Acaba de llegar del colegio y está cambiándose para ponerse cómoda. ¿Verdad que hace un calor horrible? —añadió, depositando la bandeja, con vasos altos de té helado—. Tome algo, por favor.

—Su inglés es excelente —comentó Claire, cogiendo un vaso.

—Ah, ¿sí? —repuso Melody en tono despreocupado—. Supongo que es normal después de cuatro años en Wellesley.

—¿Estudió en la universidad en Estados Unidos? —preguntó Claire, que ignoraba que los chinos fueran a la universidad.

—Fue maravilloso. Salvo por la comida, que era realmente horrible. ¡Los norteamericanos creen que basta un sándwich de queso a la plancha! Y, como usted sabe, los chinos se toman muy en serio las comidas.

—¿Y Locket también estudiará en Estados Unidos?

—Aún no lo hemos decidido, pero la verdad es que ahora mismo preferiría hablar de sus clases.

—Oh —repuso Claire, desconcertada.

—Me refiero —prosiguió la señora Chen con tono agradable— a dónde estudió usted música y todo eso.

—Estudié formalmente durante varios años —explicó Claire, reclinándose en su asiento—. Mi maestra era la señora Eloise Pollock y estaba a punto de solicitar el ingreso en el Royal Conservatory, cuando mi situación familiar cambió.

La señora Chen permaneció a la espera con la cabeza ladeada y uno de sus finos tobillos cruzado sobre el otro, las rodillas inclinadas hacia un lado.

—Y entonces me fue imposible seguir estudiando —continuó Claire. ¿Iba a tener que explicar todo con pelos y señales a una desconocida? A su padre lo habían despedido de la imprenta en que trabajaba y había pasado un par de meses sin blanca hasta encontrar un nuevo puesto como vendedor de seguros. Su salario era irregular, cuando menos, ya que no se le daba demasiado bien, y las clases de piano suponían un lujo impensable. La señora Pollock, una mujer muy buena, se había ofrecido a seguir con las clases a un precio reducido, pero la madre de Claire, una mujer sensible y absurdamente orgullosa, se había negado a considerar esa posibilidad.

—¿Y qué nivel de estudios logró alcanzar?

—Estaba preparándome para los exámenes de séptimo curso.

—Locket es una principiante, pero quiero que reciba clases de verdad, de un músico serio. Debe pasar todos los exámenes con nota.

—Bueno, desde luego que me tomo muy en serio la música, y en cuanto a aprobar con nota, eso dependerá de Locket. Yo las sacaba muy buenas.

Locket entró en la habitación, más bien trastabillando. La madre era menuda y esbelta, pero la hija era regordeta, de extremidades gruesas y dos buenos mofletes. Ya era más ancha que su madre y lucía una melena espesa y reluciente recogida en una cola.

—Hola —saludó con marcado acento inglés.

—Locket, ésta es la señora Pendleton —las presentó Melody, acariciando la mejilla a su hija—. Ha venido para que decidamos si va a ser tu profesora de piano, así que debes mostrarte muy amable con ella.

—¿Te gusta el piano, Locket? —preguntó Claire hablando despacio, demasiado para una niña de diez años. Aunque se dio cuenta, era normal en su situación, ya que carecía de toda experiencia con niños.

—No sé. Supongo.

—¡Locket! —exclamó su madre—. Dijiste que querías aprender. Por eso te compramos el Steinway nuevo.

—Locket es un nombre muy bonito —alabó Claire—. ¿Cómo es que te llamas así?

—No sé —respondió la niña, alargando la mano para alcanzar un vaso de té helado. Dio un sorbo y un hilillo le cayó por la barbilla. Su madre cogió una servilleta de la bandeja de plata y la limpió.

—¿Llegará pronto el señor Chen? —preguntó Claire.

—¡Oh, Victor! —Melody rió—. Está demasiado ocupado para atender estos asuntos domésticos. Trabaja mucho.

—Entiendo —convino Claire, sin saber muy bien qué venía a continuación.

—¿Querría interpretar alguna pieza? —propuso la mujer—. Acabamos de comprar el piano y sería maravilloso oír a alguien que sabe tocarlo profesionalmente.

—Por supuesto —accedió Claire, porque no supo qué otra cosa responder, ya que, aunque se sintió forzada a tocar como si se tratara de una vulgar artista de variedades (por cierto deje en el tono de la señora Chen), no se le ocurrió ningún modo elegante de negarse.

Interpretó un sencillo estudio, que a Melody pareció gustarle y que Locket escuchó sin dejar de moverse.

—Creo que servirá —señaló la señora Chen—. ¿Está usted libre los jueves? —Claire vaciló. No sabía si aceptar—. Tendría que ser ese día, porque Locket tiene clases los demás —explicó la mujer.

—Bien. Acepto.

La madre de Locket era un ejemplo típico hongkonés. Claire vio a mujeres como ella comiendo en Chez Henri, riendo y cotilleando. Las llamaban *taitais* y frecuentaban las mejores tiendas de moda, donde se probaban las prendas a la última, o se desplazaban en sus coches con chófer. A veces, la señora Chen llegaba a casa y posaba su mano fina y perfumada sobre el hombro de Locket para hacer un comentario sobre la música con su voz cantarina. Y entonces, sin poder evitarlo, Claire pensaba: «¡Ustedes ahogan a sus hijas!»

Su madre le había contado que los chinos eran poco más que animales y que asfixiaban a las niñas porque preferían tener hijos varones. En una ocasión, la señora Chen había mencionado una función en el Jockey Club a la que pensaba asistir con su marido. Claire la había visto engalanada con diamantes, con un vaporoso vestido negro y los labios pintados de rojo, y desde luego no le había parecido ningún animal.

Una vez, Bruce Comstock, el jefe del Servicio de Aguas, y su esposa los habían llevado al club, donde habían bebido *pink gin* mientras miraban las carreras de caballos, en unas gradas repletas de apostantes que vociferaban.

La semana antes de que la figurita cayera en el bolso de Claire, se encontraba a punto de marcharse cuando entraron los señores Chen. Habían dado las cinco en el reloj de pie de caoba tallada, que tenía caracteres chinos incrustados en nácar en la parte frontal, y ella estaba recogiendo sus cosas. El marido era tan menudo como la esposa; se le antojaban muñecos de porcelana con la piel brillante y ojos negros como el carbón.

—¿Ya se va? —preguntó el señor Chen secamente. Era un hombre atildado que vestía un traje azul marino de raya diplomática con un bolsillo cuyo forro burdeos asomaba apenas—. Pero si ¡acaban de dar las cinco! —dijo en un inglés con levísimo acento chino.

—Es que he llegado temprano —repuso Claire, ruborizándose—. Diez minutos antes de las cuatro, creo —puntualizó, orgullosa de ser muy puntual.

—Oh, no sea tonta —terció la señora Chen—. Victor sólo bromeaba. ¡Ya basta! —reprendió a su marido, dándole una palmada con su pequeña mano.

—Ustedes, los ingleses, siempre tan serios —comentó él.

—Bueno —dijo Claire con tono vacilante—. Lockett y yo hemos pasado juntas una hora muy productiva. —La niña bajó de la banqueta del piano para colocarse bajo el abrazo paterno.

—Hola, papá —saludó tímidamente. Parecía más pequeña de diez años. Él le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Cómo está mi pequeña Rachmaninoff? —preguntó, y Locket rió regocijada.

La señora Chen se movía de un lado a otro, haciendo sonar sus altos tacones.

—Señora Pendleton, ¿le gustaría tomar algo con nosotros? —Llevaba un traje como salido de una revista de modas. Era probable que viniera directamente de París. La chaqueta, de seda dorada, tenía botones de arriba abajo, y la falda era de un amarillo iridiscente con mucho vuelo y caída vaporosa.

—Oh, no. Son ustedes muy amables, pero debería irme a casa para preparar la cena —se excusó Claire.

—Insisto —dijo el señor Chen—. Deseo hablar con usted de mi pequeña virtuosa. —Su tono no admitía réplica—. Locket, márchate, por favor. Vamos a mantener una conversación de adultos.

En la sala de estar había un amplio diván de terciopelo y varias butacas tapizadas en seda roja, junto con dos mesas a juego lacadas en negro. Claire se sentó en un sillón que era mucho más resbaladizo de lo que parecía. Se arrellanó para no caer, y luego tuvo que inclinarse hacia delante con torpeza hasta quedar en precario equilibrio en el borde y sujetándose con los brazos.

—¿Qué tal se encuentra en Hong Kong? —preguntó el anfitrión. Su mujer había ido a la cocina para pedir a la *amah* que les sirviera algo de beber.

—Muy bien. Desde luego es muy distinto, pero resulta una aventura —repuso sonriendo. Chen era un hombre muy pulcro, llevaba un traje perfectamente planchado y una corbata de seda roja y negra. Detrás de él colgaba un retrato al óleo de un chino vestido con ropa tradicional y casquete negro—. Qué cuadro tan fascinante —comentó.

—Oh, ése —dijo él, alzando la vista—. Es el abuelo de Melody, el dueño de una importante fábrica de tintes en Shanghai. Fue muy famoso.

—¿Tintes? Qué interesante.

—Sí, y el padre de mi mujer fundó el First Bank de Shanghai, y desde luego le fue muy bien. —Sonrió—. Melody procede de

una familia de empresarios. Todos se educaron en Occidente: en Inglaterra y Estados Unidos.

La señora Chen regresó a la sala de estar. Se había quitado la chaqueta, bajo la que llevaba una blusa de un blanco nacarado.

—Claire, ¿qué desea tomar? —preguntó.

—Sólo soda, por favor.

—Yo tomaré un jerez —dijo Chen.

—¡Bien que lo sé! —declaró su mujer, y volvió a salir.

—Y su marido —siguió preguntando el señor Chen—, ¿trabaja en un banco?

—En el Departamento de Servicio de Aguas. Trabaja en la construcción del nuevo depósito. —Hizo una pausa—. Él dirige la obra.

—Oh, muy bien —convino con indiferencia—. El agua es muy importante, sin duda. Y los ingleses están haciendo un trabajo muy adecuado, asegurándose de que la recibamos en los grifos cuando la necesitamos. —Se reclinó en su asiento y cruzó las piernas—. Echo de menos Inglaterra —proclamó de pronto.

—Oh, ¿vivió usted allí? —preguntó Claire cortésmente.

—Estuve en Oxford, en el Balliol —señaló Chen, agitando la corbata para mostrársela, y ella se percató de que él había estado esperando el momento de mostrarle la corbata de una universidad—. Y Melody fue a Wellesley, de modo que somos el producto de dos sistemas diferentes. Yo defiendo a Inglaterra y ella adora Estados Unidos.

—Naturalmente —murmuró Claire. La señora Chen volvió a la sala y se sentó junto a su marido. A continuación entró la *amah* y le ofreció una servilleta con un estampado de acianos azules—. Son preciosas —comentó Claire, examinando la servilleta de hilo bordada.

—¡De Irlanda! —exclamó la anfitriona—. ¡Acabo de recibirlas!

—Acabo de comprar unos bonitos manteles chinos en el China Emporium —contó Claire—. Tienen un bordado calado muy bonito.

—Comparados con los irlandeses —aseguró la señora Chen—, resultan muy burdos.

Su marido la miró con aire divertido.

—¡Mujeres! —exclamó en dirección a Claire, mientras entraba otra *amah* con la bandeja de bebidas.

Claire dio un sorbo a la suya y notó las burbujas. Victor Chen la miró con expectación.

—Los comunistas son una gran amenaza —declaró ella, haciéndose eco del comentario que había oído una y mil veces en todas las reuniones sociales.

El hombre rió.

—¡Por supuesto! ¿Y qué harán Melody y usted al respecto?

—Cállate, querido. No te burles —lo reprendió su esposa, dando un sorbo a su bebida.

—¿Qué bebes, amor mío? —preguntó él observándola.

—Un cóctel ligero. El día ha sido muy largo. —Su tono sonaba a la defensiva.

Hubo un silencio.

—Locket es una buena alumna —comentó Claire—. Pero necesita practicar más.

—No es culpa de la niña —afirmó la señora Chen tranquilamente—. No estoy suficiente tiempo en casa para supervisarla.

—Oh, no pasa nada —señaló su marido, riendo—. Estoy seguro de que sabe lo que hace.

Claire asintió. Todos los padres eran iguales. Cuando ella tuviera hijos, no los mimaría de esa manera. Dejó su vaso sobre la mesita.

—Debería irme ya —anunció—. Es difícil encontrar asiento en el autobús después de las cinco.

—¿De verdad? —dijo la señora Chen—. Pai iba a traernos unas galletas.

—Oh, no —protestó ella—. En serio, debo marcharme.

—Luego pediremos a Truesdale que la lleve a casa en el coche —propuso el anfitrión.

—Oh, no —insistió Claire—. No quiero causarles molestias.

—¿Lo conoce? —preguntó el hombre—. Es inglés.

—No he tenido el placer —reconoció Claire.

—Hong Kong es muy pequeño. Resulta aburrido —dijo el señor Chen.

—No es ninguna molestia para Truesdale —aseguró la mujer—. De todas formas tiene que irse a su casa. ¿Dónde queda la suya?

—En Happy Valley —respondió Claire, algo apurada.

—¡Oh, cerca de donde vive él! —exclamó la señora Chen, encantada con la coincidencia—. Entonces, arreglado. —Llamó a Pai en cantonés y pidió que avisara al chófer.

—El chino es una lengua fascinante —dijo Claire—. Espero aprender algo durante nuestra estancia aquí.

—El cantonés es difícilísimo —aseguró Chen arqueando una ceja—. Hay nueve tonos distintos para un solo sonido. Es mucho más difícil que el inglés. Aprendí los rudimentos de su idioma en un año, pero estoy seguro de que no podría aprender cantonés ni mandarín ni shanghainés en el doble de tiempo.

—Bueno, la esperanza es lo último que se pierde —repuso ella animadamente.

Pai entró y dijo algo. La señora Chen asintió y anunció:

—Lo siento mucho, pero al parecer el chófer ya se ha ido.

—No importa, cogeré el autobús —dijo Claire.

El señor Chen se levantó mientras ella recogía sus cosas.

—Ha sido un placer conocerla —señaló.

—Lo mismo digo —respondió Claire, y abandonó la sala notando sus miradas clavadas en la espalda.

Martin había llegado temprano a casa.

—Hola —saludó—. Has llegado más tarde. —Iba en camiseta y llevaba puestos los pantalones de fin de semana, sucios y gastados en las rodillas. En la mano sostenía una copa.

Claire se quitó la chaqueta y puso agua a calentar.

—He estado en casa de los Chen —explicó—. Me han pedido que me quedara a tomar algo con ellos.

—Victor Chen, ¿verdad? —preguntó él, impresionado—. Es un hombre muy importante por aquí.

—Ya me he dado cuenta. Está muy bien. No parece chino.

—No deberías hablar así —le advirtió Martin—. Es muy anticuado y un poco insultante.

—Es que nunca... —Se interrumpió, enrojeciendo—. Jamás había visto chinos como ellos.

—Estás en Hong Kong —le respondió Martin, suavizando el tono—. Hay personas chinas de todas clases.

—¿Dónde está la *amah*? —preguntó ella para cambiar de tema. Entonces se presentó Yu Ling.

—¿Puedes ayudarme con la cena? —preguntó Claire—. He comprado carne en el mercado.

La sirvienta la miró con aire impasible. Sus maneras la hacían sentirse incómoda, pero no se atrevía a despedirla. Se preguntaba cómo se las componían las demás esposas para manejar a los criados con aquel desenvuelto aplomo que le parecía inalcanzable. Algunas incluso bromeaban con ellos y los trataban como a miembros de la familia, pero Claire había oído comentar que eso se debía más bien a la influencia norteamericana. La *amah* de su amiga Cecilia le cepillaba el pelo antes de acostarse, mientras ella se ponía la crema de noche frente al tocador. Tendió a Yu Ling la carne que había comprado de camino a casa.

Después de poner a trabajar a la *amah*, se tumbó en la cama con una compresa fría sobre los ojos. ¿Cómo había acabado allí, en un pequeño apartamento al otro lado del mundo? Recordaba su tranquila infancia en Croydon, como hija única que se sentaba al lado de su madre mientras ésta remendaba la ropa, escuchando su charla. Su madre estaba amargada por la vida que le había tocado en suerte, aquella existencia precaria, sobre todo en la posguerra, y su padre bebía demasiado, quizá por lo mismo. Claire jamás había imaginado que la vida fuera muy distinta. Pero al casarse con Martin todo había cambiado.

Sin embargo, lo cierto era que también ella había cambiado en Hong Kong. El clima tropical parecía haberla hecho madurar, haberle dado a su aspecto mayor armonía. Mientras las otras mujeres inglesas parecían a punto de marchitarse con el calor, ella se desarrollaba como una flor de invernadero. El sol tropical le había acla-

rado el pelo hasta convertirlo en oro auténtico. Sudaba ligeramente, de modo que su piel parecía humedecida por el rocío, en lugar de empapada. Perdió peso y su cuerpo se volvió más proporcionado. Sus ojos azules como flores de aciano resplandecían. Martin le había comentado que el calor parecía sentarle bien. Cuando iban al Gripps o a alguna fiesta, sorprendía a hombres mirándola más tiempo del necesario, que a veces se acercaban para hablar con ella y le ponían en la espalda una mano que no retiraban. Claire estaba aprendiendo a charlar en las fiestas, a pedir en los restaurantes con seguridad en sí misma. Se sentía como si por fin estuviera haciéndose mujer y dejara atrás a la muchacha que había sido en Inglaterra. Como si estuviera encontrando su lugar en el mundo.

Y entonces, a la semana siguiente, tras la clase con Locket, el conejo de porcelana cayó dentro de su bolso.

Una semana después sonó el teléfono y Locket se apresuró a contestar, ansiosa por tener cualquier excusa para dejar de destrozar el prelude que estaba tocando. Mientras la niña parloteaba con una compañera de colegio, Claire vio un pañuelo de seda sobre una silla: era estampado, muy bonito, de los que llevaban las mujeres al cuello. Y se lo metió en el bolso. Entonces la invadió una maravillosa sensación de serenidad. Y cuando Locket volvió a la habitación murmurando un «Lo siento, señora Pendleton», Claire sonrió en lugar de decirle lo que pensaba de ella. Al llegar a casa, se metió en el dormitorio, cerró la puerta con llave y sacó el pañuelo del bolso. Se trataba de un pañuelo de Hermès, de París, con cebras y leones estampados en vívidos naranjas y marrones. Se lo probó atándoselo al cuello y cubriéndose la cabeza, como una rica heredera que estuviera de safari. Se sintió muy sofisticada.

Al mes siguiente, tras una conversación con la señora Chen, que le contó que había enviado toda la ropa a lavar a Singapur porque «las chicas de aquí no saben hacerlo bien y, por supuesto, eso implica tener el triple de ropa blanca, qué fastidio», Claire salió de la casa con dos de aquellas maravillosas servilletas irlandesas en el bolsillo de la falda. Hizo que Yu Ling las lavara a mano y las

planchara a fin de que Martin y ella pudieran usarlas para la cena. También se metió en el bolsillo tres tortugas esmaltadas francesas mientras Locket estaba en el cuarto de baño; ¡a ver si la niña no podía hacer sus necesidades antes de que llegara Claire! Un juego de salero y pimentero de plata de ley hallaron el camino hacia su bolso al pasar por el comedor, y birló un exquisito frasco de perfume de Murano olvidado en la sala de estar, como si Melody Chen se hubiera puesto unas gotas de perfume antes de atravesar alegremente el vestíbulo para acudir a alguna gala, y se lo metió discretamente en el bolsillo de la falda.

Otra tarde, se marchaba ya cuando oyó a Victor Chen en su estudio. Hablaba por teléfono alzando la voz y con la puerta entreabierta.

—Son los malditos británicos —dijo, antes de pasarse al cantonés. Después se oyó—: No podemos permitirselo. —Y añadió algo en su incomprensible lengua que sonó a insultos—. Quieren crear nerviosismo, sacar esqueletos que deberían quedarse en el armario, y todo en beneficio propio. La Colección de la Corona no les pertenece, para empezar. Es nuestra historia, son obras de arte que nos son propias y que ellos nos robaron. ¿Qué les parecería si unos exploradores chinos hubieran ido a su país hace años y se hubieran apoderado de todos sus tesoros? Es indignante. Downing Street está detrás de esto, te lo aseguro. No hay necesidad de todo esto justo ahora.

Estaba muy alterado y Claire se quedó esperando fuera, conteniendo el aliento, para ver si oía algo más. Permaneció allí hasta que pasó Pai y la miró con aire inquisitivo. Entonces fingió contemplar unas acuarelas chinas del pasillo, pero notó los ojos de la sirvienta sobre ella cuando se dirigió a la puerta. Salió y se encaminó a su casa.

Dos semanas más tarde, cuando Claire acudió a dar la clase de piano, descubrió que Pai ya no estaba y que una chica nueva le abría la puerta.

—Ésta es Su Mei —le explicó Locket cuando entraron en la habitación—. Es de China, de una granja. Acaba de llegar. ¿Quiere beber algo?

La chica nueva era menuda y morena, y habría sido guapa de no ser por una gran marca de nacimiento en la mejilla derecha. No levantaba nunca la vista del suelo.

—Su familia no la quería porque con esa marca sería muy difícil casarla. Se supone que da mala suerte.

—¿Eso te lo contó tu madre? —preguntó Claire.

—Sí —contestó la niña—. Bueno, se lo oí decir por teléfono, y también que le había salido muy barata por eso mismo —añadió—. ¡Su Mei no sabe nada! Quiso hacer sus necesidades entre los arbustos de fuera y Ah Wing le pegó y le dijo que era como un animal. ¡Jamás ha usado un grifo ni ha tenido agua corriente!

—Me tomaría un agua tónica de limón, por favor, si tenéis —pidió Claire, para cambiar de tema.

La niña le dijo algo rápidamente a la chica, que abandonó la habitación en silencio.

—Pai estaba robándonos —explicó Locket con los ojos muy abiertos al mencionar el escándalo—. Así que mamá tuvo que echarla. Pai lloraba y lloraba, y luego golpeó el suelo a puñetazos. Mamá aseguró que estaba histérica y le pegó una bofetada para que dejara de llorar. El señor Wong tuvo que sacarla de casa a la fuerza. Se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas mientras ella le pegaba en la espalda con los puños.

—¡Oh! —exclamó Claire.

—Mamá dice que todos los criados roban —declaró la niña, mirándola con curiosidad.

—Ah, ¿sí? Qué terrible. Pero, ¿sabes, Locket?, no estoy segura de que sea cierto. —Recordó el modo como Pai la había contemplado al topársela en el pasillo y sintió un nudo en la garganta—. ¿Sabes adónde se ha ido?

—Ni idea —respondió la niña alegremente—. Adiós y hasta nunca, digo yo.

Claire observó el plácido rostro de Locket, que no parecía inmutarse.

—Debe de haber albergues o sitios para gente como ella —indicó Claire con voz temblorosa—. No se habrá quedado en la calle, ¿verdad? ¿Tiene familia en Hong Kong?

—No tengo la menor idea.

—¿Cómo es posible? ¡Vivía contigo!

—Era una sirvienta, señora Pendleton. —La niña volvió a mirarla con curiosidad—. ¿Sabe algo sobre sus sirvientes?

Claire calló, avergonzada, mientras sus mejillas se teñían de rubor.

—Bueno. Supongo que podemos zanjar el tema. ¿Has practicado las escalas?

Locket aporreó las teclas del piano mientras Claire miraba fijamente sus regordetes dedos tratando de no parpadear para evitar las lágrimas.